

LA NOVELA FILM

N.º 128

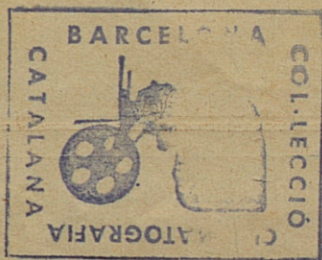
30 cts.



MACISTE EN LA JAULA DE LOS LEONES

POR

MACISTE, ELENA SANGRO, etc.



BRIGNONE, Guido

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Cortes, n.º 651
Administración } BARCELONA

Año III

N.º 128

Maciste en la jaula de los leones

(MACISTE NELLA GABBIA DEI LEONI, 1926)

Comedia dramática,
interpretada por el célebre actor y atleta
BARTOLOMÉ PAGANO (Maciste),
la gentil ELENA SANGRO, y otros.

DIRIGIDA POR
GUIDO BRIGNONE



Selecciones
GAUMONT "Diamante Azul"

Paseo de Gracia, 66. - BARCELONA

LA NOVELA FILM

Administración
Calle de la
Barcelona

Maciste en la jaula de los leones

Prohibida la
reproducción

Revisado por la
censura gubernativa

GALIMONT, Damián

J. Horta, impresor - Barcelona

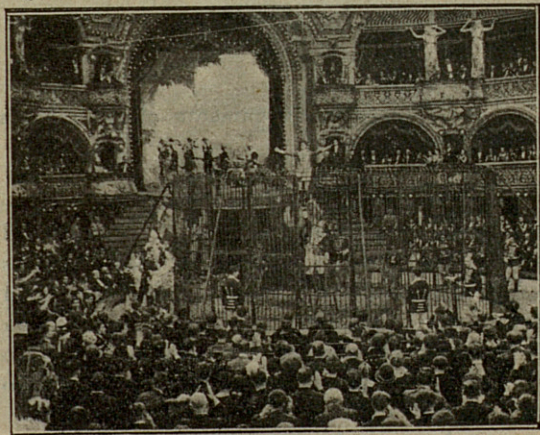
Maciste en la jaula de los leones

Argumento de la película

La escena nos ofrece el espectáculo a un tiempo ingenuo y dramático del circo... La multitud apiñada en gradas y palcos, luciendo sus más espléndidas galas, se dispone a divertirse o a emocionarse; el clown ensaya una mueca bufa en su rostro enharinado; los caballos cocean en las cuadras, impacientes por correr en el anillo de la arena; y las fieras encerradas en las férrreas jaulas, por las que trocaron sus cubiles, lanzan siniestros aullidos de añoranza y rabia por su perdida libertad. En el centro de la pista, las bailarinas sonríen siempre sin cesar... como si la vida fuera para ellas una eterna diversión y no contuviera amargores de hiel.

El genio animador de aquel artificio de luces y bambalinas, cuyo paso por las ciudades dejaba siempre una estela de alegría, era el buen Karl Pommer, propietario del circo de su nombre, que al correr de los años había ido amonto-

nando canas y millones y empeorándose de su afección cardíaca que le obligaba a marchar todos los veranos hacia un balneario donde encontraba algún alivio para su dolencia.



...el espectáculo a un tiempo ingenuo y dramático del circo...

Casi paralela a la del propietario habíase deslizado la vida del clown Augusto, su íntimo amigo; pero mientras el primero había conquistado una gran fortuna, este otro sólo contaba en su haber los millones de aplausos que le habían valido sus excentricidades de bufón incompatible.

A diferencia de lo que suele ocurrir a muchos de estos que se pasan la vida regocijando la de los demás, para terminar de una manera trágica, Augusto podía mirar tranquilo la llegada de la vejez sin temor a que se cerniera sobre su cabeza el espectro del hambre. Contaba con el cariño de Pommer y con el auxilio de sus cuatro nietos, que a la sazón constituían uno de los números que más llamaban la atención en el circo.

El día en que da comienzo esta historia Karl Pommer había recibido una halagadora carta de Maciste, su amigo de confianza, en cuyo circo desempeñaba las funciones de atleta y domador, y a quien había encargado de una expedición al centro de Africa, para capturar fieras vivas. El resultado de la expedición había sido admirable, como puede comprobarse por el texto de la carta que decía:

...y así, señor Pommer, gracias a esta cacería tan fructuosa, podrá usted poseer un soberbio grupo de leones, con los cuales haremos un número verdaderamente notable.

En espera de poder darle pronto un buen apretón de manos, le saluda con afecto desde estas tenebrosas selvas africanas, su buen amigo

Maciste

Los habitantes de la vieja y tranquila ciudad, donde el circo parecía haber llegado para poner

una nota de alegría y frivolidad dentro de su vetustez, hubieran concebido muy difícilmente que aquellas caras siempre risueñas ocultaban tras la máscara de ficticia alegría, sus luchas y sus pasiones, como todos los mortales.

Ante las cortinas, en el ruedo de arena, estaba el mundo de la fantasía... de la ilusión...; tras los decorados, el mundo de la realidad con sus luchas y sus miserias. Aquellos histriones que diariamente se jugaban la vida por conseguir un aplauso más, tejían, fuera de las miradas curiosas del público, con hilos de amor, de dolor, de poesía y de pasión la tela mágica de sus vidas.

La amazona Sara, cuyo número constituía la atracción más aplaudida del circo, era una mujer ambiciosa en cuyas redes de seducción, hábilmente tendidas, había acabado por caer, perdidamente enamorado, Jorge Pommer, el hijo del propietario. Para esta mujer, el arte era solamente una plataforma que debía llevarla al logro de la riqueza, riqueza que, después de obtenida sin reparar en los medios, pensaba compartir con su cómplice e íntimo amigo Strasser, el director de la pista, espíritu maligno, mezcla odiosa de tigre y de reptil, que guiaba los pasos de Sara en la senda de codicia que ella había emprendido.

Aquel año Karl Pommer que siguiendo la costumbre de las temporadas anteriores pensaba partir para el balneario, llamó a su hijo para de-

jarlo por primera vez al frente de todos sus asuntos, y le dijo:

—Mañana me voy a tomar las aguas, Jorge... Mi salud lo exige. Tú vas a quedarte al frente de esto, y espero que todo marchará bien durante mi ausencia.

Y sin sospechar la existencia del drama que se iba formando tras las cortinas de su circo, Karl Pommer partió al día siguiente para su viaje de reposo.

Buenos amigos y excelentes camaradas, Sara y Strasser se hospedaban en el mismo hotel, en habitaciones contiguas donde iban tramando su criminal plan, para apoderarse de la fortuna de Pommer.

a marcha de éste facilitaba la ejecución de sus infames propósitos y Strasser ultimaba los detalles diciéndole a su cómplice:

—Te ayudaré en este "negocio" en todo lo que sea, y acepto eclipsarme en cuanto se dé el golpe... pero vamos a dejar bien aclaradas las condiciones de nuestro pacto.

—Perfectamente — repuso Sara—. De Jorge me encargo yo. Después, entre los dos, veremos si se nos ocurre algo para meter las manos en la fortuna del viejo.

Mientras tanto, en la maga poesía de un atardecer africano, las embarcaciones primitivas, en las que hacía su regreso la expedición de Macis-

te, emprendían lentamente su marcha hacia la costa.

Durante la travesía éste tuvo ocasión de enfrentarse con unos piratas, a quienes, después de una lucha desigual, arrebató una encantadora joven que llevaban secuestrada.

Seida, la linda indígena, hasta entonces perseguida y maltratada por todos, creyó vivir al lado de su gigante salvador las delicias de un bello sueño y no cesaba de rogar a Maciste que la llevara consigo, diciéndole:

—Buen Maciste... yo querer irme contigo.

—¡Tú sueñas, muchacha!... Yo he venido aquí a buscar fieras, pero no mujeres...

—Tú no ser como otros hombres... Tú ser bueno... — suplicaba de nuevo Seida.

Pero Maciste, a quien la presencia de una mujer le causaba más incomodidades que todas las fieras juntas, a pesar de las constantes exhortaciones de la bella indígena se negó en redondo a complacerla.

Aun así, la simpática esclava sentía tal veneración por su salvador, que aún a trueque de incurrir en su enojo, no vaciló en seguirlo, y burlando la vigilancia de los marinos logró introducirse en el barco que conducía a Maciste hacia las costas europeas.

Y en las horas de la noche, cuando la costa africana se perdía a lo lejos y Maciste pensaba en las personas queridas que le esperaban al

otro lado del mar, en las tierras fecundas de la civilización, salió de su escondite Seida y nuevamente le imploró:

—Maciste, yo no ser mala... Yo querer irme contigo.

—¡Está bien; vendrás conmigo! — contestó éste—. ¡No voy a tirarte al mar para que vuelvas a nado a tu tierra!

*
**

Seguro de que su negocio se desarrollaba bien bajo la dirección de su hijo, Karl Pommer saboreaba la paz de sus días de vacaciones.

Mientras tanto, Jorge, cada día más dominado por Sara, era ya en sus manos una triste marioneta que ella manejaba a su antojo; y Strasser, aprovechándose de la situación, consiguió la plena dirección del circo. La primera medida del compinche de Sara fué ir suprimiendo todo aquello que pudiera oponerse a la realización de sus planes, y así, a los pocos días el buen Augusto, el fiel amigo de Pommer, fué despedido de la compañía juntamente con sus nietos, sin que Jorge hiciera nada por impedirlo.

—¡Ahora mismo vas a hacer tu equipaje y largarte con tus pilletes! — le dijo Strasser al despedirlo—. ¡Ya estoy harto de aguantaros!

—¿Pero es posible, Strasser?... — preguntó el viejo, no pudiendo creer lo que oía—. ¿Me despide usted así, sin un motivo siquiera?

—¿Tienes contrata aquí?

—No... pero ya sabe usted que el señor Pommer...

—¡Ahora no manda aquí el señor Pommer, sino yo!... ¡El público está cansado de tu número! Desde ahora quedas despedido con tus nietos.

Pero contra la injusticia y la maldad se alzan a veces la bondad y la justicia, y la aparición de Maciste, que no podía llegar más oportunamente, vino a impedir que se realizase aquella infamia.

Inmediatamente de su llegada, Maciste fué a ver a Jorge, quien le informó de la marcha de su padre diciéndole:

—Papá está en las aguas... Lo de siempre; su enfermedad del corazón — y reparando en Seida, que no se apartaba un momento del lado de Maciste, le preguntó:

—¿Quién es esa muchacha que te acompaña?

—Es una pequeña salvaje que cacé allá en Africa, al mismo tiempo que los leones... Ya le encontraremos en el circo alguna faena que ella pueda hacer.

Para Strasser la llegada de Maciste no era de muy buen agüero, y así se lo dijo a Sara.

—La llegada de ese maldito Maciste, cuando menos falta hacía, me inquieta mucho.

—¿Qué temes?... — preguntó ella—. Nuestros "negocios" no pueden ir mejor de lo que van: Jorge es completamente un juguete en mis manos... el padre está enfermo... una emoción puede matarlo, y si tú sabes trabajar a tiempo, el circo será nuestro.

El plan de Strasser y Sara consistía en hacer que ésta última se casara secretamente con Jorge. Dado el estado de salud del señor Pommer, no era aventurado presumir que esta noticia recibida un poco bruscamente le impresionara hasta el extremo de paralizarle por completo la acción funcional de su delicado corazón y, desaparecido el viejo, adueñados como estaban de la voluntad de Jorge, no les hubiera sido difícil hacerse luego con su fortuna.

El pobre Augusto al verse despedido cogió a sus nietos y fué a ver a Jorge para explicarle lo que había sucedido. En aquel momento salía éste con Maciste, y acercándose el viejo clown le dijo:

—Strasser nos ha despedido... Nos vamos por ahí, a la buena de Dios... Créeme que si lo siento, es sólo por estos inocentes...

—Yo no sé nada... no puedo hacer nada... Es Strasser quien lleva la dirección — contestó el joven.

—¡Pero no es posible que tú apruebes este

atropello, Jorge! — intervino Maciste—. ¿Es que no sabes el cariño que tu padre le tiene a Augusto?

—Bueno, hablaré con Strasser — dijo Jorge, que no deseaba otra cosa que marchar adonde estaba Sara.

—Vete, vete si quieres, Jorge. Ya me reuniré luego contigo.

Una vez que se quedaron solos, Augusto, que conocía la amistad que existía entre Maciste y Pommer, le dijo al primero:

—Don Jorge ha perdido la cabeza por Sara, esa maldita aventurera, y Strasser es el que lleva en el circo la voz cantante... ¡Cuánto pienso en el señor Pommer, que el pobre está enfermo y lo ignora todo!...

—¡Pues es preciso que lo sepa!...

Y uniendo la acción a la palabra, escribió el siguiente telegrama:

"Acabo de llegar y me entero de que Augusto ha sido despedido por Strasser y con el consiguiente sentimiento de Jorge. Ocurren cosas extraordinarias. Si es posible, venga usted aunque tenga que volver a marcharse.

Maciste".

Algunas horas después y con la consiguiente satisfacción, Maciste leía a su viejo amigo el telegrama que había recibido del dueño del circo y que decía:

"Impida despido Augusto. Llegaré mañana. Pommer".

Y con aquel acto de Justicia había iniciado el buen Maciste su vuelta a la vida pintoresca del circo.

*
**

La bella Seida, aun cuando sus costumbres distaban mucho de parecerse a las de sus nuevos amigos, no tardó en adaptarse por completo al ambiente, y como sus limitados conocimientos no le permitían otra cosa, tomó a su cargo el desempeño de los menesteres más humildes.

Cierto día, Sullivan, el atleta de la compañía mezcla de sátiro y de monstruo, intentó abusar de los encantos de la joven, pero ésta se defendió con sus afiladas uñas como una tigresa.

—¡Ah, maldita!... ¡Eres una gata salvaje! — exclamó, exasperado, el atleta, arrojándose sobre la inocente muchacha.

—¡No, Sullivan, no!... ¡Perdóname! ¡No me hagas daño!... — suplicó, atemorizada, la joven; pero él, sin soltar su presa, ordenó a uno de los que presenciaban la escena:

—¡Tráeme unas tijeras!... ¡Yo le cortaré las

uñas a esta tigresa... y de forma que no pueda arañar a nadie más!

Y todas aquellas gentes que en ocasiones (en

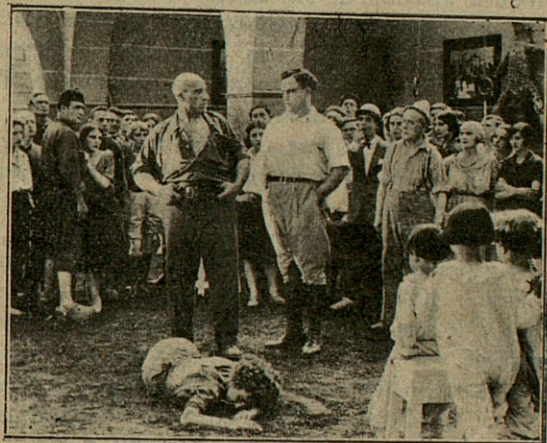


—¡No, Sullivan, no!... ¡Perdóname!... ¡No me hagas daño!

presencia de la muerte, por ejemplo) se sentían capaces de los mayores heroísmos, experimentaban ahora el placer cobarde de ver el débil vejado por el fuerte.

El último en llegar fué Maciste, que al tener noticia de lo sucedido se encaró con el atleta diciéndole:

—¡Has realizado una hazaña, una hazaña de



—¡Has realizado una hazaña de hombre, Sullivan!

hombre, Sullivan! ¡Pero ahora vas a probar las consecuencias!

Y con sus formidables puños dió una verdadera lección al atleta que después de haber recibido una soberana paliza fué expulsado inmediatamente de la compañía por el dueño del cir-

co, que acababa de llegar en aquel momento.

El inopinado regreso de su padre motivó cierto alejamiento entre Jorge y Sara. Comprendía el joven el gran disgusto que la tal noticia debía producir al autor de sus días, y al efecto procuraba por todos los medios posibles cubrir las apariencias para retardarlo en lo posible. Esta pasividad del joven exasperaba a la aventurera que incluso llegó a decirle:

—¿Qué tienes? ¿Por qué me tratas con ese despego? ¿Desde que tu padre ha vuelto, no te atreves siquiera a mirarme! ¡Eso es humillante para mí!... Me vas a obligar a marcharme.

—Sabes que mi padre no aprobaría nuestros amores... ¿Qué necesidad de hacer alardes de ellos?... Además, está enfermo y no quiero contrariarle.

—Pero esa no es razón para que huyas de mí.

—Si no huyo; es que no puedo separarme ahora de él.

—Bueno; hoy te espero... Si faltas, todo habrá terminado entre nosotros.

Aún quiso él convencerla, pero Sara, segura del dominio que ejercía sobre el joven, no quiso atender a sus razones, para obligarle a acudir a la cita.

Al correr los días llegó a convencerse Maciste de que Seida había nacido para más altos destinos que los de simple lavandera, y como la muchacha africana estaba hasta cierto punto fa-

miliarizada con los leones, decidió encargarle un vistosísimo uniforme y hacerla domadora.

En pocos días hacía la joven formidables progresos. Aprendía cuanto le enseñaban con rara facilidad y en todo aquello que ejecutaba ponía una gracia suave y delicada, que constituía su principal encanto.

No obstante, a pesar de sus progresos y de las felicitaciones que ellos le valían, la dulce Seida parecía siempre triste, como si una gran contrariedad torturara constantemente su corazón.

Al terminar cualquiera de sus trabajos su mirada se clavaba en la de Jorge y le preguntaba, como si su opinión valiese para ella más que la de todos.

—¿Le ha gustado este ejercicio?

—Sí... no está mal — contestaba, indiferente, sin darse cuenta del dulce sentimiento que Seida alimentaba en su ingenuo corazón.

Y esta indiferencia del joven era causa de que la que en un principio fué solamente tierna simpatía fuera convirtiéndose poco a poco en un amor apasionado.

*
**

Con la pena consiguiente se enteró Pommer de las amorosas relaciones que su hijo sostenía con Sara; y decidido a ponerles fin llamó a Jorge para hacerle saber que había pensado despedir a la amazona para sustituirla por otro número.

—Creo que harás mal, papá — le contestó Jorge cuando su padre le hubo expuesto sus propósitos—. Sara tiene mucha simpatía en el público...

—¡Bah, eso no quiere decir nada! La sustituiré con un número más interesante.

—Así y todo el público la echará de menos.

—¿Por casualidad estás enamorado de esa mujer?... Veo que la defiendes demasiado y quiero saber la verdad de tu boca.

—¡Pues bien, sí!... ¡La amo y estoy decidido a casarme con ella!

—¿De modo que quieres casarte con esa... aventurera?

—¡No la insultes, papá... te lo suplico!

—¡Mañana sin falta, Sara saldrá de mi circo para no volver!... ¡Ya estás avisado!

—¡Y yo me marcharé con ella!

—¡Acuérdate que he sido domador de fieras

y que he domado bestias más rebeldes que tú!

—¡Es inútil cuanto hagas, papá! ¡Estoy enamorado de Sara y me casaré con ella aunque se oponga el universo entero!

—¡Sal de aquí... sal de mi vista! ¡Estás ciego!...

Mientras tanto en el hotel en que se hospedaban Sara y Strasser, los dos cómplices iban tramando su maquiavélico plan para apoderarse de los millones de Pommer.

Poco después entró Jorge y le explicó a Sara el disgusto que acababa de tener con su padre y de su decisión a propósito de casarse con ella.

La astuta mujer comprendió hasta qué punto había llegado su influencia sobre aquel desgraciado y aprovechando la ocasión le propuso casarse secretamente al día siguiente.

Forjaron sus planes como dos verdaderos enamorados y, al despedirse, Sara volvió a preguntarle:

—Estamos de acuerdo, ¿no es verdad, mi Jorge?

—Sí, completamente de acuerdo. Hasta mañana, amada mía.

Al llegar la noche, el atleta Sullivan se encaminó hacia el circo pensando que con unas frases de arrepentimiento volvería a ingresar nuevamente en la compañía; y con esta esperanza abordó a Pommer a tiempo que éste penetraba en su *auto*, diciéndole:

—Perdóneme lo que ha sucedido por mi culpa, señor Pommer... Admitame usted de nuevo... Le prometo que eso no se volverá a repetir.

Y ante la tenaz negativa del director, el bárbaro Sullivan concibió una monstruosa idea para tomarse la venganza por su mano.

Aquella noche en el circo Pommer debía darse una gran función de gala.

El debut de la bella domadora Seida con la nueva colección de leones capturados por Maciste tenía todos los caracteres de un verdadero acontecimiento. Además, el programa de aquella noche anunciaba también la despedida definitiva de la famosa amazona Sara.

El señor Pommer, cumpliendo lo que el día anterior le había dicho a su hijo, había despedido a la aventurera con el objeto de separarla de Jorge.

Maciste había pasado el día ensayando con las fieras que aquella noche debían pisar por primera vez el anillo de arena.

La leona "Lola", la más terrible de todas las fieras de la "ménagerie", estaba aquel día imposible y Maciste hubo de convencerse de que aquella fiera era realmente indomable y que con ella no se podría trabajar aquella noche, sin correr el grave peligro de morir entre sus garras.

En los rostros de todos los demás artistas, momentos antes de la hora del espectáculo se

advertía esa alegría y satisfacción que parece preceder a los grandes acontecimientos.

La misma Sara estaba también satisfecha en extremo, ya que estaba segura de que aquella noche obtendría dos triunfos: el de su profesión de amazona y el de apoderarse de la fortuna de Pommer, casándose secretamente con Jorge, después de acabada la función.

En el camerino de Sara había una revista en cuya portada figuraba la bella Seida con su flamante uniforme de domadora; y los nietos de Augusto, que habían entrado en él, al ver el retrato de su buena amiguita pensaron calcarlo. En aquel momento llegó Sara y al verlos allí los echó con cajas destempladas, diciéndoles:

—¡Fuera de aquí, golfillos! ¿Quién os ha dado permiso para entrar en mi camerino?

Los niños, ante el temor de recibir algún golpe, huyeron de la habitación sin recoger nada de lo que habían llevado para sacar el dibujo.

Acto seguido la aventurera se puso a escribirle una carta a Strasser en la cual le relataba el estado de sus asuntos, sin apercibirse que lo hacía sobre el papel carbón y que su escritura quedaba grabada en la revista que había utilizado a modo de carpeta.

Una mujer enamorada es el peor rival que se puede tener, y Sara tenía en Seida un terrible enemigo que le seguía todos sus pasos, convencida que la causa de que Jorge no se

fixase en ella se basaba en el cariño que sentía por la amazona.

Como siempre, desde que ésta entró aquella noche en el circo, la bella indígena no dejó de espiarla un momento y vió como aquella le entregaba a su cómplice la carta que acababa de escribir; y creyendo que aquello no podía encerrar nada bueno, le faltó tiempo para notificárselo a Maciste, diciéndole:

—Sara engaña a Jorge, Maciste.

—¿Cómo lo sabes tú, muchacha?

—Porque la he visto escribir una carta en su camerino y luego entregársela a él, procurando que nadie la viera.

A todo esto la función había comenzado ya y el teatro desde un principio se llenó de bote en bote, ofreciendo un espectáculo deslumbrador.

No había una localidad vacía. En los palcos lucían las damas todas las joyas que podían contribuir a realzar su belleza, y en las gradas se oía el prolongado murmullo que producen las multitudes apiñadas. Los artistas corrían de un lado para otro buscando los objetos olvidados en los últimos momentos; las bailarinas, como inocentes pajarillos que intentasen volar por vez primera, ensayaban algún que otro paso difícil de los bailes que debían ejecutar poco después en la pista.

Seida ciñó también su airoso uniforme, para estar preparada; pero como quiera que la jo-

ven encontró estar mucho menos airosa de lo que representaba el grabado de la revista que ella había visto, fué a buscar el periódico al camerino de Sara, para comprobarlo ante el espejo. Del interior de la revista cayó el papel donde los nietos de Augusto comenzaron a calcar la fotografía, y en él se hallaba copiada la carta que Sara había escrito a Strasser y cuyo contenido era el siguiente:

Todo va bien. Jorge se casará conmigo esta noche en casa del reverendo Hebert. Tú te encargarás de desembarazarnos del viejo. Yo saldré esta noche sin volver a verte. Regresaré en el momento oportuno.

Al tener en sus manos aquella prueba de la infidelidad de Sara, Seida se apresuró en buscar a Jorge para entregarle aquella carta.

Por fin pudo dar con él y le dijo, viendo que el joven eludía toda conversación:

—Concédame un minuto... un minuto solamente. He de decirle algo muy importante.

—¡Di lo que tengas que decirme, pero pronto. Tengo mucho que hacer!

—Lea usted esta carta que he encontrado en el camerino de Sara.

Leyó Jorge el papel que le entregaba Seida y comprendió entonces que había sido un juguete en manos de la aventurera.

Se guardó la carta y se dirigió al cuarto de

Sara para esperar que ésta volviera a él tan pronto como terminara su número.

Se oían los aplausos con que el público premiaba la labor de la amazona, cuando entró en su cuarto Strasser, y Jorge, loco de rabia se precipitó sobre su rival.

Pocas palabras necesitaron los dos hombres para decirse el odio que se tenían, y sus puños, más expeditos que sus labios, obraron inmediatamente.

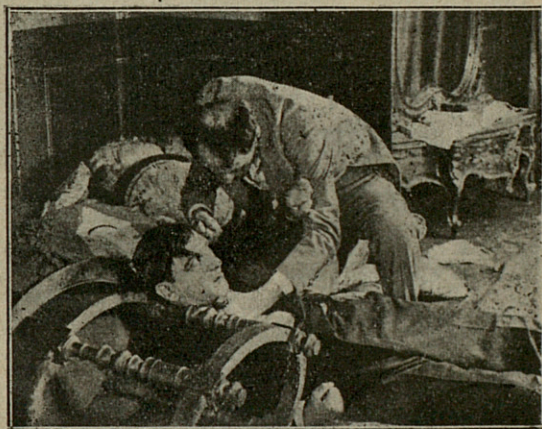
Los dos eran fuertes y la lucha era horripilante. Tan pronto aparecía uno vencedor, cuando el otro volvía a recobrar bríos y se arrojaba sobre su rival con más fuerza si cabe que al principio.

Sullivan, mientras tanto, ansioso de venganza, había conseguido entrar en el circo sin que nadie lo viera; y ocultándose unas veces y deslizándose otras, consiguió llegar hasta la jaula donde estaban los leones.

Su anterior actuación en la compañía le había hecho saber que de todas las bestias que había en el circo la peor de todas, por su fiereza, era la leona "Lola"; y sin pensar en otra cosa que en su venganza, le abrió la puerta al terrible animal.

En la pista, Maciste y Seida habían comenzado la primera parte de su interesantísimo número y el público hallábase pendiente del imponente espectáculo.

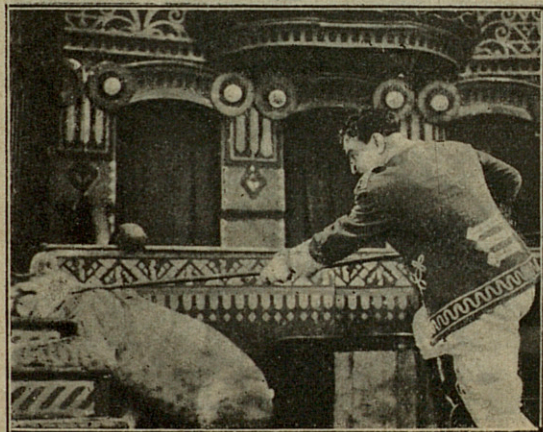
Mientras tanto en el camerino de la amazona seguía la lucha entre los dos rivales, y por los pasillos del circo avanzaba presurosa la leona sedienta de sangre y de libertad.



Los dos eran fuertes y la lucha era horripilante.

La entrada de la fiera en el circo produjo un pánico indescriptible. El público, arremolinado en las puertas, saltaba por encima de los que en su precipitada huida tenían la desgracia de caer. Era la huida loca, el "¡sálvese quien pueda!..." Maciste salió de la jaula armado de un triden-

te y durante unos minutos consiguió sujetar a la fiera, pero la leona logró desasirse y el atleta, despreciando la vida a cada paso, siguió en pos de la fiera, saltando gradas y palcos. Hu-



...y durante unos minutos consiguió sujetar a la fiera,...

bo momentos en que la lucha entre el animal y su domador fué a brazo partido. Parecía mentira que un hombre pudiera tener fuerzas suficientes para evitar los zarpazos de la fiera.

Por fin entre todos los empleados del circo consiguieron tenderle una red y apresar en ella

al animal que se debatía furioso entre las mallas.

Al entrar Sara en su camerino y ver la lucha de los dos hombres, se apoderó de ella un pánico horroroso y salió gritando, pidiendo auxilio.

Sus gritos eran apagados por los que el público daba al ver a la leona saltar al circo, y de pronto se vió estrujada por una imponente ola humana que la arrojó al suelo... y el divino cuerpo de aquella mujer, cuyos encantos habían hechizado tantos corazones, fué hollado por cientos de pies, encontrando una trágica muerte.

Sullivan, al darse cuenta de la inmensidad de la catástrofe que había originado su insana venganza, pretendió huir del circo, pero en el preciso momento que intentaba descolgarse por las paredes fué sorprendido por un policía, y una vez confesado su delito dió con su cuerpo en la cárcel.

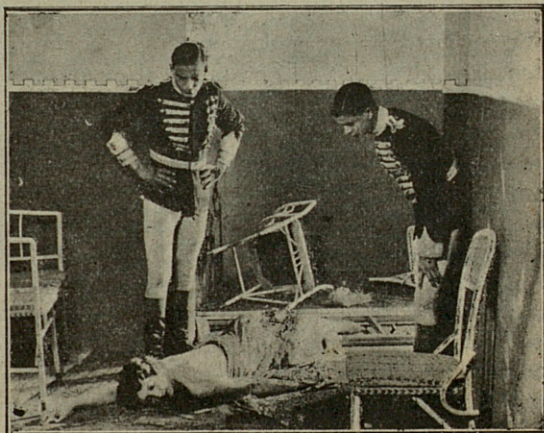
Pasaron los días y, lo mismo que los sueños de una dolorosa pesadilla, fué esfumándose el recuerdo de la trágica noche.

Jorge, convencido de los perversos sentimientos de su antigua novia, no tuvo inconveniente en pedir a su padre perdón por las palabras que en un momento de ofuscación pronunció, y la vida del circo volvió a su cauce, como si nada hubiera pasado.

La alegría había vuelto a todos los corazones,

que se sentían dichosos con la fraternal amistad que desde aquella noche los unió como verdaderos hermanos.

La única que continuaba con su tristeza era



...fué hollado por cientos de pies, encontrando una trágica muerte.

Seida. A pesar del cariño con que era tratada por todos y especialmente por Pommer y Maciste, la bella indígena no podía disimular la triste melancolía que embargaba su alma.

Caminando de triunfo en triunfo había acabado por convertirse en una gran artista al par

que en una elegante dama, toda delicadeza y distinción; pero ¿qué significaban para ella todos sus éxitos si con ellos no podía conseguir el cariño del hombre amado?

No obstante, a fuerza de abnegación, esperando sin desesperar y poniendo en juego esas delicadas argucias inherentes a la feminidad que toda mujer aprende sin enseñárselas y que constituyen el supremo atractivo del sexo bello, consiguió Seida que Jorge fijara en ella su atención.

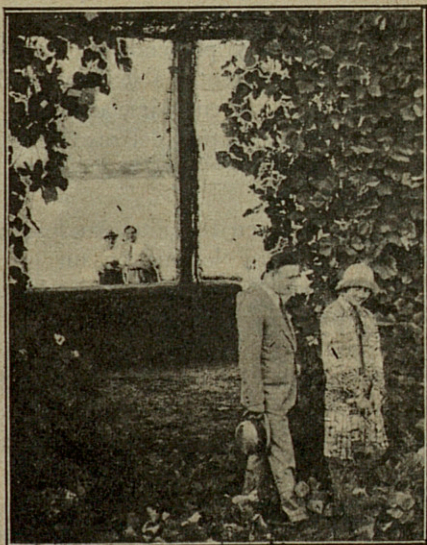
Poco a poco el joven fué interesándose por la intrépida domadora, y lo que en un principio empezó por simpatía se fué convirtiendo en un sincero y puro amor.

No pasaron, para el dueño del circo ni para Maciste, inadvertidos los sentimientos que lentamente iban uniendo a los dos jóvenes, y en vez de oponerse a ello buscaban los medios para que la pasión de los dos muchachos se avivase cada vez más e hiciera borrar en la mente de Jorge los funestos recuerdos de su primer amor con la desgraciada aventurera.

Embriagados en las delicias de su amor, los días pasaban rápidos para los enamorados, y a la par que en la Naturaleza florecía primavera, en las almas de aquellos dos seres que habían llegado a comprenderse florecía el amor...

Un buen día, mientras Pommer y Maciste paseaban juntos, Jorge le declaraba a Seida, por

primera vez, la gran pasión que le dominaba; y la intrépida domadora, por toda contestación, ofreció la sangrante herida de su boquita de



Y en la bella poesía de la tarde primaveral...

amapola, donde recibió un beso cálido y dulce, indicador de que el corazón de Jorge también había sido domado con el hechizo de su mirada.

Una doble carcajada sonó a espaldas de los

jóvenes; y cuando éstos volvieron la cabeza encontraron a Pommer y a Maciste que reían alegremente después de contemplar la romántica escena.

—¡Papá, Seida y yo nos amamos! — exclamó Jorge, dirigiéndose a su padre.

—Y yo te prometo que desde este momento la consideraré como a una verdadera hija — repuso el padre.

Comprendió Maciste que alguien estorbaba allí, y cogiendo del brazo a Pommer le obligó a seguir su paseo para que los muchachos pudieran continuar el interrumpido idilio que ellos habían cortado con su presencia.

Y en la bella poesía de la tarde primaveral dos almas puras se unieron en un tierno abrazo que había de enlazarlos para toda la vida...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa novela

AMORES EN ALASKA

Creación de los célebres artistas

LILYAN TASHMAN Y JOHN BOWERS

Asunto interesante

Postal-regalo: WALLACE BEERY

LA NOVELA FILM sale todos los martes

32 páginas

30 céntimos *

COMPRE USTED MAÑANA

la grandiosa novela de enorme emoción:

LA BARRERA

Creación de LIONEL BARRYMORE,
NORMAN KERRY y MARGARITA DAY

Es el libro 51 de la famosa BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de "La Novela Semanal Cinematográfica"

Portada bicolor - 64 páginas - Numerosas fotografías

Precio popular: 30 céntimos

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, Barcelona. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona